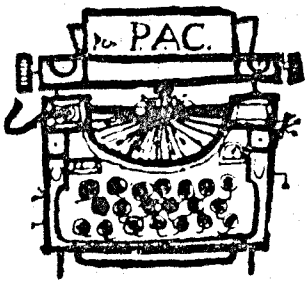


El Hombre Al Volante



Así como un militar no es un civil con uniforme, sino una psicología nueva, así también un automovilista, un chofer, no es un peatón montado en un carro, sino una psicología distinta, una persona distinta cuya conducta se ha modificado por el hecho de manejar y de ser transportado por una máquina.

... El comportamiento del automovilista ha sido objeto y lo sigue siendo de multitud de estudios de psicólogos, de sociólogos, incluso de criminalistas. En muchos países el hombre que más mata hombres es el automovilista. El saldo anual de muertes en automóvil es un saldo tan pavoroso como el de una guerra moderna. Nos disgusta la agresividad que imprime en el carácter un uniforme. Nos manifestamos contra el militarismo cuando pone o quiere poner donde él gobierna un uniforme forzado a la ciudadanía de libre vivir, cuando se quiere gobernar con espíritu de cuartel y a toque de clarín. Pero también tenemos un molde peligroso de agresividad que está distorsionando a miles de hombres. El pequeño cuartel de un carro y el toque del claxon (o del pito) está produciendo una legión brutal que aumenta: la legión de "hombres al volante" con su espesa estela de sangre, con su instinto de violencia, con sus indomables imprudencias que llenan los hospitales.

Vamos en carro hacia la jungla, dice Norbert Sillamy. En las películas, cuando vemos al explorador introducirse en la selva llena de fieras, nuestro corazón rebosa de miedo y emoción. Pero una calle es mucho más feroz que la cueva de un tigre. Un camión del D.N. se ríe en las barbas de un rinoceronte. Nunca un cazador en la manigua del Congo tiene tantas esquinas de peligro —ni entre leones— que un hombre que cruza la 15 de Septiembre.

¿Por qué la máquina nos lleva —tan inmediatamente— a la jungla? Estaba en una barbería y la fila de taxistas y automovilistas llenaba de pitazos la calle atascada. Un amigo indignado protestaba desde su silla por la vulgaridad, por el ruido, por los aullidos de la calle hecha selva. Diez minutos después mi amigo manejaba su carro y se produjo otro atascamiento de tráfico. Su claxon —verdaderamente insolente— no cesó de pitar. Ahora estaba al volante. Ahora era otra su psicología.

—Qué pasa con el hombre al timón?

¿Por qué se producen esos cambios de comportamiento, generalmente hacia lo brutal, hacia la violencia, hacia la temeridad, en gente que fuera del automóvil es suave, amanerada, prudente, etcétera? ¿Segrega algún elemento de monstruosidad ese enlace conyugal del hombre con la máquina y el personaje resultante —como en las metamorfosis antiguas de hombre-y-animal, como en los Centauros o Sirenas— es un monstruo o una psicología monstruificada?

En el "Diario" de Merton que publiqué el domingo pasado en LA PRENSA LITERARIA recordarán mis lectores haber leído su inquietante observación sobre la influencia dañina de las máquinas en el trabajo monástico. "La tecnología no es en sí contraria a la espiritualidad y a la religión —apunta Merton— Pero ofrece una gran tentación. Por ejemplo, donde se emplean muchas máquinas en el trabajo monástico (y lo correcto es que se empleen) hay un amortiguamiento del espíritu y de la sensibilidad, un embotamiento de la percepción, una pérdida de conciencia, un descenso del tono, una propensión a la inquietud que no sufrimos cuando sencillamente salimos a trabajar y trabajamos con nuestras manos". Si en el monje se opera este sutil cambio ¿cuál se operará en la indefensa psicología del tímido o del frustrado o del violento o del presumido, que no está propiamente trabajando con la máquina, sino incorporándola a él y llenando con ella de potencia su propia personalidad?

El citado Sillamy nos dice: "El automóvil, instrumento cómodo y confortable de transporte, que permite extender nuestro campo de actividad, que nos libera de contratiempos y de horarios fijos, es más que un simple vehículo. Reduciendo las distancias nos introduce en un mundo abierto, dinámico, de elásticas fronteras: es un medio de libertad a nuestra disposición, capaz de satisfacer nuestro gusto por la aventura pero conservando el confort. Prolongando nuestras posibilidades naturales, multiplica nuestro poder, nuestra velocidad y nuestro radio de acción. El automóvil es el instrumento privilegiado de evasión del mezquino universo cotidiano....".

Eso! —Colocad —dice Emglebert— en ese vehículo de evasión al muchacho tímido que apenas se atreve a mirar a la muchacha de su vecindario: Sentado al timón se cree detentor del poder absoluto. Ahora da la vuelta a la esquina sobre dos llantas que gimen. Frena, como un centauro embramado. Ya es otro. El "otro". El "Walter Mitty" que tiene a su disposición un monstruo mágico para evadir su timidez y conquistar el mundo.

... ¿Y el "narcisista"? Que le diga alguien a ese elegante, displicente, engolillado conductor que lleva una mano en exposición y con la otra guía, que le diga alguien que su manera de manejar tiene este u otro defecto! Pasará como un meteorito— guiando con una sola mano— por entre camiones que se cruzan, o en curvas de vértigo. Nadie le ve. Pero le dijeron y él va probando a ese incrédulo imaginario que nadie le llega al tobillo en el arte de manejar.

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

Y el hombrecito sufriente, el que ha aguantado todo el día un mal patrono o un compañero dominante, al subir a su auto ya es otro. Acelera, frena, maneja con imperio. Aquí manda, y su carro sumiso, obedece.

O el chofer de taxi que vemos meter los cambios como si quisiera ofender a alguien, o doblar en las esquinas con angular violencia. ¿Será un impotente sexual que se desquita con el carro, con la parte femenina (la máquina) de su metamorfosis mecanizada?

Pero no es necesario que el que maneja sea un caso de psiquiatría. Todos sufren, todos sufrimos una transformación. Abandonamos nuestras maneras y en algún grado las traicionamos. ¿Por qué? ¿Será —como dice Sillamy— porque el chofer, al meterse en su automóvil, se encierra en un mundo aislado y el hombre se convierte en un "alienado" (en un extranjero de su alrededor) y como no dispone más que de medios de comunicación rudimentarios —el claxon, las luces—, se vuelve un primitivo, un ser cavernario metido en su cavernita que en todo otro auto ve a un enemigo, que le niega las luces, que lo insulta, que lo pone en peligro . . . ?

Los hospitales están llenos de columnas rotas en esa lucha troglodita y elemental de negar luces, adelantar, guerrear desde el automóvil. Los cementerios repletos, ya no deberían usar como simbolo la guadaña en manos de la "quirina".— Basta con poner en sus manos un timón de automóvil!!

El chofer no es el peatón que se mete en un auto, sino un civilizado que de pronto regresa a la caverna, y en esa caverna rodante todo lo instintivo sale a la piel, aflora, vence incluso el prudente sistema de alarma del hombre para la conservación de la vida y nos lanza a un proceder de asperidad, salvajismo, temeridad e incluso criminalidad que ese mismo chofer, transformado ya otra vez en hombre y acostado en su cama, apenas puede imaginar que sea cierto.

PABLO ANTONIO CUADRA.